

El inútil combate entre la Psicología y su Historia

Alberto Rosa Rivero
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

Este trabajo discute si la Historia de la Psicología puede tener alguna utilidad para la investigación psicológica más allá de ofrecer un relato sobre el pasado de la Psicología como disciplina en su conformación actual. Con este fin se desarrolla un argumento que, partiendo de lo que podría llamarse «posición presentista» típica de psicólogos que tal vez podrían denominarse «cientificistas» más que científicos, va luego entrando en el examen de cómo se configuran las objetividades del conocimiento científico y el papel que en ello juegan los diversos procesos de un mercado epistémico cada vez más globalizado. Se concluye que el conocimiento actual sobre el objeto de la psicología no es sólo resultado de los métodos que se le aplican, sino de todo un proceso histórico de conformación de la disciplina (y de su objeto) sin cuyo conocimiento no pueden ejercerse juicios sobre la validez de esos conocimientos. Simétricamente se plantea también que si la Historia de la Psicología no entra en diálogo con la psicología contemporánea corre el peligro de ser considerada estéril para la Psicología.

Palabras clave: Utilidad de la Historia de la Psicología, Estudios sobre la Ciencia, Crítica de la Ciencia, Mercado Epistémico, Psicología Teórica.

Abstract

This paper discusses whether History of Psychology may be of some use for current psychological research beyond that of offering a narrative about the how the past shaped the current state of affairs. This is done by developing an argument which starts presenting what may be called the «standard presentist position» of a psychologist more «scientist» than scientific, and

then goes into the examination of the constitution of «objectivities» and how they get shaped throughout the processes of an increasingly globalised epistemic market. The consequence is that the current knowledge about psychology's subject-matter does not only result from the application of methods, but also from a historical process within which Psychology itself has also been shaped. No judgement of the validity of the knowledge Psychology offers could be provided without a consideration of that historical process. Symmetrically, it is also argued that if History of Psychology does not enter in a dialogue with current developments in Psychology it risks to be taken as a sterile discipline from the point of view of researchers in Psychology.

Keywords: Uses of History of Psychology, Studies of Science, Critique of Science, Epistemic Market, Theoretical Psychology.

*Quien sólo conoce su propia generación
permanece siempre siendo un niño.*

CICERÓN

1. ¿CIENCIA E HISTORIA SON UN MATRIMONIO DIFÍCIL?

Ciencia e Historia parece que no constituyen un matrimonio fácil. Los científicos naturales tienden a ver su tarea como un progresivo desvelamiento de la naturaleza de los objetos que constituyen el mundo y de las regularidades de su comportamiento. El concepto de «ley natural», acuñado por Descartes (Mason, 1985), y la idea de permanencia de los mecanismos de funcionamiento de la Naturaleza, inscrita en la metáfora newtoniana de Dios como el «relojero universal», reflejan una noción mecanicista del Universo, además de ser una muestra de la observación de Vico (1744) sobre la adopción de términos de la vida social como metáforas para las explicaciones de fenómenos naturales. Si se concibe que las cosas funcionan según regularidades establecidas, y las ciencias «descubren» estas regularidades, la Historia entonces aparecería como un relato de cómo la causalidad eficiente ha venido actuando. Así, en cierta manera, toda especie de Historia sería una provincia de una supuesta «Historia Natural», cuya capacidad explicativa se colapsaría con la de la Ciencia, siendo la primera mera narración, mientras que la segunda incluiría los principios que podrían explicar el cambio. A esto cabría añadir que la primera tendría mucho menos interés que la segunda, pues la ciencia permitiría preparar el futuro, lo que cualquiera consideraría más útil que entretenerse en la contemplación del pasado. Esta visión de la Historia, común entre los científicos, requiere de variadas matizaciones que se irán desgranando a lo largo de las páginas que siguen.

La revolución que supuso la Teoría de la Evolución darwiniana ha tardado mucho en calar en la visión (no sólo popular) de la ciencia natural, al extremo que la idea de cambios irreversibles que ella incluye (alternativa a la de los cambios reversibles implicados en el concepto newtoniano de tiempo) parece repugnar a mentalidades todavía demasiado apegadas a las ideas mecanicistas de la primera modernidad. Y ello a pesar de que en la misma Física hace ya bastante tiempo que abundan modelos de sistemas dinámicos que ofrecen explicaciones formales detalladas, aunque no deterministas, de los cambios irreversibles que se observan en los fenómenos naturales (P. e., Prigogine y Stengers, 2002; van Geert, 2003). En el ámbito de la Filosofía de la Ciencia el maridaje entre Historia y Teoría del Conocimiento tiene ya alguna edad. A partir de lo que ha venido en llamarse la «Revolución Kuhniana» (Kuhn, 1970), resulta un lugar común referirse a que distintos paradigmas de conocimiento ofrecen visiones muy diferentes del mundo. Uno de los filósofos post-kuhnianos más conocidos ha llegado a decir, parafraseando a Kant, que «la Filosofía de la ciencia sin la historia de la ciencia es vacía; la Historia de la ciencia sin la filosofía de la ciencia es ciega» (Lakatos, 1982, p. 11). Una frase que quizás no sea sólo aplicable a la Filosofía de la Ciencia, sino que tal vez fuera conveniente que la Ciencia misma la tuviera en cuenta. Por otra parte, la literatura francófona ha realizado también aportaciones importantes (p. e., Foucault, 1970) al considerar a la Ciencia como resultado de procesos sociales de producción de conocimiento, poniéndose así de manifiesto que la investigación y los textos científicos que resultan de ella son resultado de acciones humanas. De este modo, el propio conocimiento científico es susceptible de ser examinado desde una perspectiva histórica y social.

Si esto es así en el ámbito de las ciencias naturales, pocos dudarían que la dimensión temporal es progresivamente más difícil de ser dejada de lado para una concepción evolucionista de la Biología, y mucho más para las Ciencias Sociales, donde los fenómenos que se observan, y las entidades mismas que se someten a escrutinio, tienen una sustancia más temporal que espacial.

Pero el objetivo de este trabajo no es examinar las concepciones del tiempo en las ciencias, aunque ésta no sea una materia completamente ajena a sus propósitos. Lo que aquí se pretende es examinar y discutir si la Historia de la Ciencia tiene algo que aportar a la investigación científica actual; y si ello es así, cómo la Historia de la Psicología puede contribuir al desarrollo de la Psicología, una ciencia con algunas peculiaridades sobre las que conviene detenerse.

2. ¿CÓMO VEN LOS PSICÓLOGOS A LA PSICOLOGÍA?

La Psicología logró independizarse de la Filosofía y de otras disciplinas científicas a finales del siglo XIX y, luego, se convirtió en una profesión autónoma ya en el siglo

XX. Hace más de un siglo que Ebbinghaus dijo aquello de que la Psicología tiene una corta historia y un largo pasado. Ahora es ya una ciencia que tiene sus años y un montón de aventuras en su ya prolija biografía. En este tiempo ha ido depurando su objeto, desarrollando múltiples métodos de estudio y aplicaciones prácticas. Algo que ha hecho que se acumule una cantidad de conocimientos bastante importante, al extremo que para alcanzar un cierto grado de destreza en ella se hace preciso una educación universitaria, y la preparación para su práctica profesional requiere, además, de estudios de postgrado.

La presencia social de la Psicología, la demanda de sus servicios y su popularidad se ha incrementado de una forma impresionante. Esto se refleja en múltiples indicadores, desde el incremento en el número de profesionales y estudiantes, hasta el número de revistas científicas (y de divulgación), la producción editorial (científica y de divulgación y autoayuda), la propia presencia de esta disciplina en centros de enseñanza superior y el número de instituciones desarrolladas alrededor de ella.

Lo que la Psicología pueda ser en el futuro depende de los investigadores en Psicología, ellos irán progresivamente desvelando empíricamente los recovecos de *psique*. Si la Física no se entretiene en especular sobre lo que es *Physis*, los psicólogos tampoco deberían perder el tiempo especulando sobre *Psyche*, una entidad que tendría mucho de mítico (Valsiner y Rosa, 2007a). Lo que hay que hacer primordialmente es investigar empíricamente sobre su funcionamiento. Psique es un objeto natural, y lo que pueda ser y cómo se pueda explicar su funcionamiento es cuestión que se irá desvelando en el futuro.

Pero si sabemos mucho más que hace unos años, también es cierto que nos queda muchísimo por hacer, y ello requerirá del esfuerzo de los investigadores. Por eso es importante que esos investigadores reciban el apoyo necesario, pero como los recursos no son ilimitados, es importante garantizar que por lo menos quienes se sitúan en la vanguardia de la producción de conocimiento psicológico reciban ayudas de manera prioritaria.

Los conocimientos presentes considerados como *valiosos*, y las preguntas que a partir de ellos surgen, señalan la agenda de investigación. La investigación valiosa es la que mueve las fronteras del conocimiento. Los jueces del *valor* de la investigación deben ser miembros expertos de la comunidad de investigadores. Son ellos quienes tienen más criterio. La capacidad de criterio especializado es lo que da más *valor* a su juicio, lo que hace que reciban más *crédito* epistémico y social. Los «índices de impacto» son un buen indicador de la valía de la investigación y de los investigadores. Indican el tamaño de la audiencia de expertos que les presta atención y, además, usa sus hallazgos. La ciencia progresa por el *método*, siguiendo el *camino* (traducción española del término griego *methodos*) que nos ha llegado trazado por quienes han logrado abrir rutas en la naturaleza inexplorada del objeto. Por eso la ciencia tiene que ser conservadora.

La Psicología, entonces, es una práctica epistémica regida por la lógica interna de sus programas de investigación. El conocimiento –válido, objetivo, verdadero– es, y debe seguir siendo, resultado de la puesta en uso de metodologías y técnicas de probada validez y fiabilidad. Sólo puede considerarse como conocimiento objetivo lo que así se ha obtenido. La Psicología, como cualquier otra ciencia es resultado de un *proceso sin sujeto*, tendida hacia el escrutinio de su *objeto*, y éste se irá conformando como resultado de la Psicología que se practique.

Los párrafos anteriores recogen un conjunto de afirmaciones que en cierta manera son ya lugares comunes entre los investigadores de la profesión y, para los que pertenecemos a ella, resulta prácticamente imposible no compartir alguna parte (aunque en mi caso desde luego no todo) de lo que allí se dice. El porqué de esta reserva será expuesto enseguida, pero para ello vamos a fijarnos, primero, en algunos corolarios sobre la Historia de la Psicología que parecen desprenderse de esta postura.

3. ¿SIRVE PARA ALGO LA HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA?

Si lo que se ha dicho en los párrafos anteriores fuera así, la construcción del futuro de la Psicología (y de psique misma) dependería en exclusiva de los psicólogos. Los historiadores de la Psicología se limitarían a examinar las actas de lo ya hecho y, después, construirán relatos *post hoc*. La Historia de la Psicología sería el fiel relato de lo que han hecho los investigadores en Psicología y la tarea de los historiadores de la Psicología consistiría en describir lo que pasó y explicar por qué pasó, y así explicarnos cómo hemos llegado a la situación presente. Como consecuencia, la relevancia de la investigación histórica vendría marcada por su utilidad para la explicación del presente, y la función de los conocimientos que aporta está principalmente en actuar como recurso para la socialización del estudiante en el ámbito del gremio en el que será admitido, ayudándole a desarrollar su identidad como psicólogo. El presente y el futuro de la Psicología sería entonces cosa de los psicólogos. Ellos son los que tienen la soberanía sobre su desarrollo.

En definitiva, de lo que se acaba de decir, se desprendería que la Historia de la Psicología no tiene nada que aportar sobre cómo hacer psicología ahora, ni mucho menos sobre cómo actuar en el futuro. La Historia de la Psicología sería *mucho Historia y poco o nada Psicología*.

Muchas de estas últimas afirmaciones a primera vista parecen bastante razonables, pero como dicen los anglosajones «el demonio está en los detalles», no siendo el menor de los cuales la radical separación que se hace entre psicólogos e historiadores de la Psicología. Por eso, no resulta ocioso examinar con cierto cuidado estos argumentos para refinar la respuesta a la pregunta que encabeza este apartado. De hecho, el resto de este artículo se va dedicar a ello.

Una primera cuestión es que toda Historia se dedica al estudio del pasado, y busca describirlo y explicarlo (cf., p. e., Danto, 1985). Pero, al mismo tiempo, cuando la labor del historiador se detiene en este punto, de hecho, se está limitando a producir una *historia reconstructiva* del pasado –sin duda central para el trabajo para los historiadores, pues es ella la que suministra los datos para la interpretación histórica–, pero, al mismo tiempo, si a estas aportaciones historiográficas no se añade un posicionamiento crítico que entre en diálogo con la investigación psicológica contemporánea, los productos de la práctica historiográfica que se generen tendrán un interés muy limitado para los psicólogos, investigadores o aplicados.

Por otra parte, la visión de la ciencia (y también de la Psicología) implícita en las afirmaciones anteriores me parece que requiere de un examen pormenorizado, a la luz de desarrollos, no necesariamente muy recientes,¹ de los Estudios sobre la Ciencia. Por eso me parece que no sería ocioso someter a escrutinio la misma noción de *ciencia*. Este examen nos permitirá desarrollar algunos argumentos que resultan también aplicables a la Psicología.

4. UNA VISIÓN DE LA CIENCIA COMO PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE CONOCIMIENTO

La finalidad de la ciencia es alcanzar un conocimiento objetivo sobre las propiedades y el comportamiento de objetos reales. Estos últimos no pueden ser conocidos en su ser auténtico, sino sólo como se nos muestran ante nuestras actuaciones sobre ellos (suponer lo contrario sería intentar hacer metafísica, algo que cuya esterilidad ya señaló Kant). La salida que nos queda es plantearnos que los objetos se nos muestran como fenómenos a partir de las acciones (operaciones) que realizamos sobre ellos. Es a partir de las operaciones como podemos llegar a representarlos, a tener una imagen, una concepción de ellos. Como recoge la figura 1, las operaciones realizadas sobre una región de la realidad nos permiten tener una representación de eso sobre lo que hemos operado, constituyéndolo en objeto de conocimiento. Pero esa representación fenoménica es resultado de las operaciones realizadas por el cuerpo de quien experimenta. Para que pueda plantearse la posibilidad de que esa representación se refiera a las ca-

1. En este trabajo se ha elegido intencionalmente el uso de referencias que pueden considerarse clásicas, sin hacer ningún intento de buscar las más recientes posibles. Me parece que eso es una muestra de que lo último no tiene por qué ser lo más relevante en la investigación teórica, ni en la histórica. Creo, además, que la poca presencia de estos argumentos en la literatura contemporánea es también una muestra de la escasa atención que ahora se les presta, por eso me permito recuperarlas, a riesgo de que se me tache de no «estar al día de las últimas innovaciones».

racterísticas del objeto, y no a particularidades del experimentador, es imprescindible la comunicación con otros experimentadores que la sometan a discusión. Esto es algo que, por ejemplo, se hace de manera habitual en los seminarios de seguimiento de la investigación que desarrolla todo equipo investigador que se precie. Finalmente esas observaciones se ponen por escrito dando como resultado un texto. Ese texto se supone que recoge el conocimiento destilado sobre el objeto a través del proceso investigador. Un conocimiento que, dependiendo de la concepción que sobre la ciencia se tenga, o bien refleja al objeto como se muestra a nuestra sensibilidad (si se es un fenomenista), o es resultado de las operaciones que sobre él se hayan practicado. En cualquiera de los casos, se hace preciso garantizar el carácter objetivo de las descripciones y explicaciones producidas.

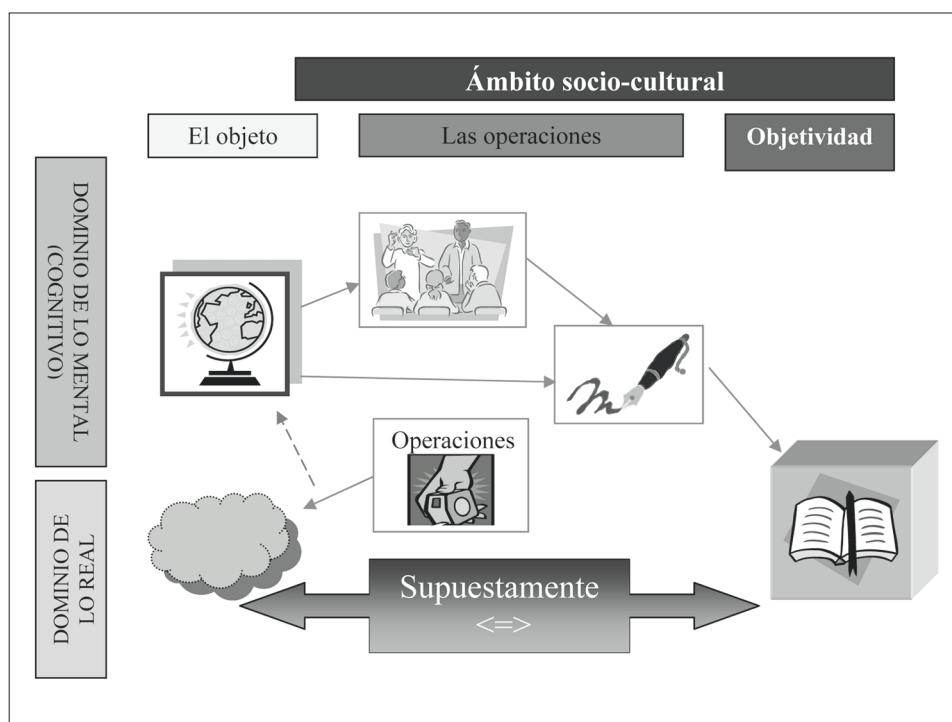


Figura 1

Para que esto sea posible, es imprescindible protocolizar la realización de las operaciones sobre el objeto, el modo de realizar juicios sobre la veracidad de las observaciones, sobre la atribución de relaciones de causalidad, sobre la construcción de argumentaciones, sobre cómo informar de los resultados, sobre cómo razonar y hacer cálculos sobre ellos, y sobre los modos legítimos de discutir las conclusiones alcan-

zadas y comunicadas a la comunidad (ver figura 2). El resultado es la producción de un conjunto de normas de actuación sobre cómo los científicos deben actuar cuando practican su oficio de producir conocimiento objeto. Esas normas, como no puede ser otra manera, tienen una naturaleza social, y cambian a lo largo del tiempo, son resultado del establecimiento de una cultura por parte de los grupos de practicantes de ese arte, de esa técnica de estudio. Es decir, son fenómenos históricos. Esas normas son susceptibles de ser cuidadosamente protocolizadas, constituyendo una metodología, la cual se comunica con carácter prescriptivo a los miembros de ese gremio (también en forma de textos), convirtiéndose en una especie de máquina algorítmica para la producción de la objetividad aceptada por parte de la comunidad. Esto no quiere decir que el conocimiento producido no sea cierto, sino que su verdad es relativa a los requisitos de validez que se le exigen. En cierta manera, es una *verdad local*, por consiguiente puede variar cuando los requisitos locales (espacio-temporales) de validez cambien.

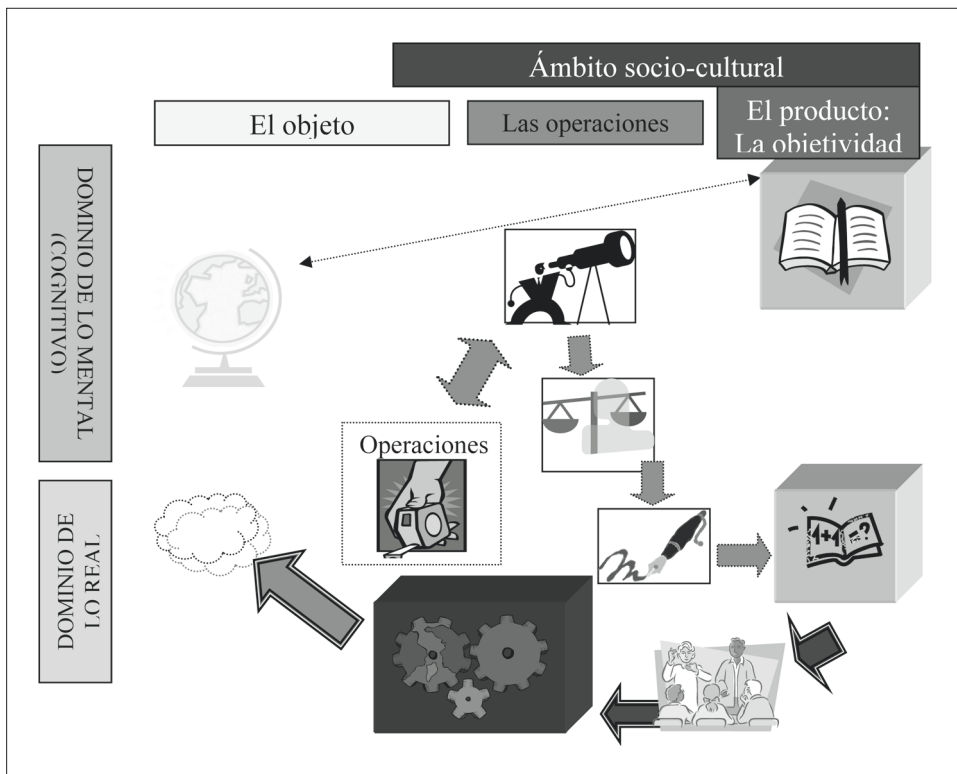


Figura 2

Si la presentación que se ha hecho hasta el momento no está errada, la representación cognitiva de la realidad que alcanzan los grupos (y los de científicos no pueden ser excepción) depende no sólo de las características que puedan tener los objetos que escrutinen, sino también de los modos en los que se dirijan a ellos, de cómo los exploren, juzguen y razonen sobre sus hallazgos. Cuando hay acuerdo en esto último, se producen textos que comunican esos resultados, y esos resultados pueden ser replicados aplicando esos mismos algoritmos de actuación (la metodología).

De acuerdo con lo hasta ahora dicho, la objetividad es resultado de la producción protocolizada de conocimiento por parte de agentes humanos actuando sobre una parcela de la realidad (cualquiera que sea la naturaleza de ésta última) y, por consiguiente, es resultado de actuaciones humanas insertas en un proceso socio-cultural fuertemente reglado, entre cuyas normas está la de tratar de buscar los mejores procedimientos para dar cuenta del objeto y de su comportamiento. Pero, precisamente la fuerza de esta norma (que nos sentimos tentados a considerarla parte de la moral del comportamiento científico) puede tener el efecto de hacernos olvidar el origen socio-histórico-cultural del algoritmo metodológico en su conjunto, y de sus efectos sobre la representación cognitiva del objeto. Como dice Latour (1987), la imagen de la realidad que tenemos es resultado de una «maquinación» productora de la «realidad». Una vez que esa maquinación ha producido sus efectos, tendemos a olvidarnos tanto del proceso que llevó a su constitución, como del hecho incontrovertible de que esa maquinación es resultado de un proceso social, aunque éste tenga como *propósito* (fijémonos en que éste es un término *teleológico*) conocer al objeto lo mejor y más objetivamente posible. En cualquier caso, una vez que tenemos una cognición del objeto, cuando el objeto se nos aparece como real, tendemos a olvidar que al menos una parte de lo que constituye esa cognición de esa realidad tiene su origen, recibe su forma, a partir de un proceso socio-histórico-cultural (ver figura 3). Este proceso, una vez constituidos los algoritmos metodológicos aceptados, desaparece detrás de las bambalinas, pero sin que pueda ser arrojado del todo del escenario, pues se hace constantemente presente en las disputas teóricas y metodológicas contemporáneas, donde cada uno de los contendientes lucha por establecer su particular forma de racionalidad. Ni que decir tiene que del pasado nos llega una racionalidad ya hecha, que con demasiada frecuencia se considera como *la racionalidad*, y cuyo carácter determinado y singular, consecuencia de la resolución de conflictos previos cuyos entresijos han caído en el olvido, tiende a olvidarse y a considerarse como un legado inscrito en la forma de los conocimientos acumulados, cuando no se le atribuye, ni más ni menos, una naturaleza transcendental.

Para quien esté preocupado únicamente sobre cómo poder producir conocimiento, la imagen que aparece en la figura 3 le resulta clara, y eso a pesar de que no deja de ser algo engañosa, pues ella misma no es más que un esquema resultado de los procesos que se han esbozado en las dos figuras anteriores. El objeto conocido puede sufrir la

tendencia a ser confundido con el objeto transcendental, al igual que la metodología (unos instrumentos normativos) con *la racionalidad* (considerada también como una entidad transcendental). Para quienes así pudieran pensar, la ciencia ha ya «descubierto» sus métodos, y su aplicación y refinamiento (regidos por la racionalidad) conducirán a un progresivo desvelamiento de la realidad. Esta especie de fe del carbonero en la ciencia tal vez sea comprensible entre quienes se dedican a la aplicación de los conocimientos generados por la tecnociencia en ámbitos concretos, como es el caso de la ingeniería, pero no cabe suponer que pueda ser fácilmente admisible entre quienes practican la investigación científica propiamente dicha, pues eso supondría ignorar el hecho, de sobra conocido, de que de cuando en cuando se producen notables cambios en la visión del objeto y en la racionalidad aplicada para describirlo y explicarlo, por no mencionar que ello supondría volver la espalda a las aportaciones que ofrecen quienes dedican sus esfuerzos intelectuales al estudio de la ciencia misma. No creo que los científicos rigurosos pretendan ningunear lo que filósofos, lógicos, sociólogos, antropólogos o incluso historiadores de la ciencia puedan tener que decir sobre cómo hacer mejor ciencia. No en balde el hacer la mejor ciencia posible es el máximo dictado moral de todo científico cuando hace ciencia.

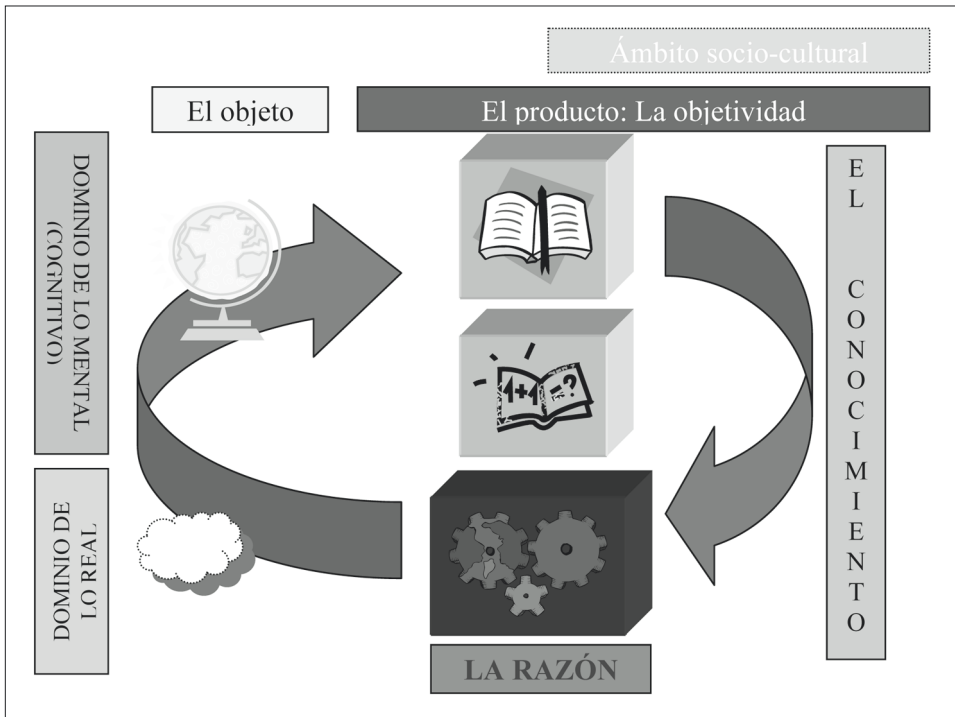


Figura 3

Para los estudiosos de la ciencia (a menos que se defienda una metafísica realista y esencialista) la objetividad es una construcción que se logra a través de un proceso de objetivación que puebla al mundo de un conjunto de *objetos de papel* (los descritos por las ciencias) construidos «disciplinadamente» mediante la aplicación de los algoritmos normativos de las ciencias (Latour, 1987). La construcción de esos objetos es operatoria, involucra a alguna *cosa externa* y a un agente que actúa sobre ella. De este modo, la objetividad misma es también resultado de un conocimiento operatorio y de la comunicación social de sus productos, no sólo es una revelación de las propiedades de los objetos.

4.1 *Los productos de la ciencia: los textos científicos*

Los productos de la ciencia son primordialmente enunciados sobre el objeto, que aparecen materialmente conformados como *textos*. En estos textos se decanta el lenguaje de cada ciencia que podríamos dividir en varios aspectos (Williams, 2005): *a)* la *semántica* de la ciencia, dedicada a la búsqueda del significado de su objeto (lo que el objeto es); *b)* la *sintaxis* de la ciencia (las reglas de actuación de los científicos al investigar e informar de sus investigaciones); y *c)* la *pragmática* de la comunicación científica (al enseñar, presentar, escribir, evaluar, etc.). Para el científico lo primordial es la *semántica* (ligada al objeto), tendiendo a prestar poca atención a los otros aspectos, considerándolos como instrumentales para el objetivo primordial. Esto es explicable, pues la *sintaxis* (de la actuación y del lenguaje) es resultado de una normativización, y la *pragmática* de una ritualización, de forma tal que los procesos que dan forma a los significados científicos tienden a ser considerados como transparentes, como invisibles y sin efecto sobre lo que se dice.

Estos textos (los que constituyen esa literatura que es objeto de revisión cuando uno quiere hacerse cargo del estado del arte en algún momento) incluyen, entre otras cosas, enunciados referidos a *normas* decantadas en el seno de intercambios en un grupo (al que se incorpora el objeto), para alcanzar sus propósitos. Entre estos enunciados, de muy diverso carácter, quiero destacar tres tipos particulares: las *descripciones* del objeto (lo que el objeto es para un científico o una disciplina), las *prescripciones* sobre cómo dirigirse al objeto para que se nos muestre de acuerdo con las descripciones (método), y las *prescripciones* sobre cómo actuar sobre el objeto para obtener de él las prestaciones prácticas que se desean (tecnología).

Llegados a este punto, el autor del texto parece haber desaparecido, y junto con él todo el proceso que ha llevado a producirlo, es como si el objeto mismo hubiera sido el autor del texto: lo que cuenta es el producto escrito y sus consecuencias prácticas cuando dirige actuaciones del lector. Esto puede considerarse como una consecuencia de la moral de la ciencia, de su teleología dirigida al mejor conocimiento del objeto. Ya sea para su contemplación, ya sea para su uso utilitario, tecnológico, aplicado.

5. UNA REIVINDICACIÓN DE LA HISTORIA PARA LA EXPLICACIÓN DE LOS PRODUCTOS DE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Lo que se acaba de exponer en los párrafos anteriores permite arrojar una nueva mirada a las relaciones entre las disciplinas científicas y las disciplinas históricas que estudian la evolución de éstas. El conocimiento de los modos en que el objeto de conocimiento ha llegado a constituirse sin duda resulta ilustrativo para el científico, y le puede conducir a reflexionar tanto sobre la labor de la disciplina en su conjunto, como sobre la suya propia. Por eso, puede no resultar del todo inútil ofrecer algunas reflexiones relativas a las virtualidades positivas que la investigación histórica puede aportar a la tarea investigadora de los científicos. A partir de lo ya dicho pueden desarrollarse algunos argumentos sobre lo que los estudios históricos sobre la ciencia pueden aportar para el desarrollo de la ciencia misma.

Si la objetividad o, mejor dicho, las objetividades son resultado, al menos en parte, de los modos de producción que las han generado, entonces, el estudio de esos modos de producción, de las condiciones y los motivos que las pusieron en marcha, y de las razones que explican su desenvolvimiento, no puede dejar de tener interés para someter a juicio el valor de los conocimientos que de esas objetividades emanan. Ello requiere fijarse en los entresijos de funcionamiento del mercado epistémico (cf. Rosa, Huertas y Blanco, 1996). Dado que más arriba ya se han expuesto algunos extremos del proceso de producción del conocimiento, vamos a fijarnos ahora en el funcionamiento de su consumo, para pasar más adelante a examinar el de su distribución.

Uno de los aspectos centrales del consumo es el precio de los productos que se está dispuesto a adquirir, es decir, el valor que se les atribuye. Si la ciencia ofrece productos, ¿cuáles son los procedimientos que hacen que unos sean preferidos a otros, que sean más valorados que otros?

5.1 *Validez y valor*

He dicho *valor* en el párrafo anterior con toda intención, aunque en ciencia tenga mayor aceptación el término *validez*, el cual suele también tener preferencia sobre el término *verdad* que, no sin bastante razón, es considerado como un tanto pretencioso. Validez y valor no son del todo independientes. Vienen a ser como imágenes especulares el uno del otro desde dos dominios supuestamente independientes, aunque ambos comparten una naturaleza teleológica, pues no existen la validez o el valor intrínsecos, ambos son *para algo*. El término validez pertenece al dominio epistémico, aunque desprende un aroma pragmático innegable. Un concepto, un dato, un constructo, vale para un propósito, para que quien lo usa consiga algo. Y eso nos conduce al otro término: el *valor*, que es un término social, económico. Si algo tiene

validez, puede darse el caso de que haya algunas *valideces* mejores que otras, que sean más deseables, y a estas últimas cabe esperar que se les conceda más valor. Latour (1993) ha señalado que en la primera modernidad se produjo una separación, hasta entonces no declarada, entre el ámbito epistémico y el social, que él considera como estrictamente simétricos. Si hemos de hacerle caso, no estaría de más que en la última modernidad (o en la post-modernidad, como el lector prefiera) intentemos considerar juntos ambos dominios o, por lo menos, que miremos al otro lado del espejo (de la ciencia) que parece reflejarnos la realidad, porque hay bastante que conocer allí detrás, pues es donde se cocina la objetividad científica, y se dan un conjunto de procesos, entre los cuales está la atribución de valor a los productos generados, algo sobre lo que conviene detenerse.

Los teóricos de la economía se interesaron en el estudio del valor cuando intentaban establecer una teoría sobre el precio de bienes y servicios. Empezaron su estudio señalando que algo es valorado cuando resulta deseable y se está dispuesto a pagar un precio por ello. En un principio se pensó que la utilidad por sí sola podría ser lo que convertiría a algo en objeto de deseo, y por tanto lo que le daría valor. Pero enseguida se puso de manifiesto que la utilidad por sí sola no explicaba el precio de las cosas. El agua o la arena son bienes útiles y deseados, pero su abundancia (en algunos sitios) hace que en ellos normalmente no tengan precio, o sean muy baratos. El oro también es deseado, pero su utilidad hoy es un tanto discutible, como muestra el que no son muchos quienes están dispuestos a pagar su precio simplemente para hacer ostentación de riqueza. Finalmente se llegó al consenso de que el precio de las cosas, su valor de mercado, depende de dos factores: *a*) lo que se dio en llamar *el valor de uso*, entendido como la utilidad marginal que proporciona (el grado de deseo que se tiene por disfrutar de algo más de un producto que uno ya tiene disponible –lo que se mejora el conseguir algo más); y *b*) el *valor de intercambio*: que depende de la ratio entre la demanda, derivada de la utilidad marginal antes señalada, y la oferta existente de los productos.

¿Por qué hacemos estas consideraciones sobre el valor en el seno de una discusión sobre la ciencia? La razón es bien simple, la ciencia es una actividad humana que busca generar un producto útil para una demanda (producir algo que tenga validez para un propósito). No se trata de que reduzcamos la ciencia a la producción de una tecnología con un valor económico, aunque ciertamente éste sea un aspecto no desdeñable cuando se estudia a la ciencia como actividad social, sino que en la ciencia, como en muchas otras actividades humanas, los productos que se generan se juzgan como adecuados o inadecuados, útiles o inútiles, valiosos o irrelevantes. No se trata solamente de producir productos que tengan validez para los propósitos de la comunidad científica, sino que para explicar el propio proceso de cambio científico habría que entrar en el detalle de por qué y cómo se valoran más unos productos que otros, unas formas de validez en

lugar de otras. Por eso, el siguiente paso que vamos a dar es fijarnos en los modos en los que se establece la valoración de los productos científicos. Algo que resulta de enorme interés para explicar el proceso de producción científica, y la circulación y consumo de sus productos en el seno de su peculiar mercado.

5.2 *La atribución de valor en ciencia. El valor de los productos científicos*

Los productos que la práctica científica genera son conceptos y procedimientos de acción (métodos y técnicas), que se comunican en la forma de textos. Esos textos deben de ser producidos, difundidos y consumidos por sus usuarios (otros científicos, y los técnicos que aplican las tecnologías prácticas de ellos derivados). Ni que decir tiene, que todo este trasiego de bienes y servicios genera una actividad económica no desdeñable, basada en lo que los economistas denominan *valor de intercambio*. Existen los derechos de autor, tasas sobre fotocopias, regalías para las patentes, sanciones para los trasgresores, y toda una regulación legal que se apoya en instituciones para la defensa de los autores (¿o tal vez de los distribuidores?), que precisa de sistemas de estimación del consumo de esos productos, tanto para medir su audiencia, como para orientar la compra de los consumidores. Precisamente el *Institute of Scientific Information* (ISI) inició su andadura con la finalidad de orientar a las bibliotecas de las grandes universidades anglosajonas sobre qué editoriales y revistas ofrecen productos más valiosos, de manera que pudieran tomarse decisiones sobre la política de compras. A pocos sorprenderá el saber que esa institución es propiedad de uno de los grandes grupos editoriales mundiales (Thomson).

Desde hace tiempo se viene señalando (cf. p. e., Tortosa, Martí, Pérez Delgado y Carpintero, 1989) que existe una forma de valorar las aportaciones científicas, precisamente en términos de su consumo. El resultado ha sido el desarrollo de algo que creo no estar errado en denominar *método de tasación del valor* de las contribuciones científicas, a partir del cual se ha llegado a desarrollar toda una industria con instituciones de notable éxito económico, como el antes mencionado ISI (hoy ya con el nuevo nombre de *Thomson Scientific*), que ejercen no pequeña influencia en el funcionamiento del mercado epistémico. De este modo, para quienes creen en lo ajustado de este método de tasación del valor de un texto –y también de los autores de los textos y de los medios de difusión que lo hacen circular por el mercado– éstos serán más valiosos cuanto más consumidos sean, cuanto más uso reciban en otros textos, cuanto más citados sean. Pero para que tal tasación no resulte falseada, resultaría importante que todos los involucrados en el funcionamiento de este mercado respetaran un código de buena conducta, algunas de cuyas normas serían, por ejemplo, no plagiar a otros, dar *crédito* (otro término tomado del lenguaje económico) a las contribuciones relevantes (es decir, no ningunear), no utilizar referencias irrelevantes para el argumento que se

desarrolla, no establecer requisitos de citación para aceptar un manuscrito para publicación en un medio, no establecer redes de ‘cocitación’ para inflar artificialmente el valor atribuido, etc. A nadie se le oculta que tales normas no sólo no se respetan, sino que además existen recomendaciones positivas sobre cómo maniobrar para inflar la tasación de los productos propios.

Este método de tasación, como cualquier otro, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La institución más reconocida en su aplicación recoge en su página web (<http://scientific.thomson.com/free/essays/journalcitationreports/impactfactor/>, ver también <http://ec3.ugr.es/in-recs/>) un conjunto de cautelas referidas al significado de los datos de impacto que publica, y a la interpretación que de ellos se pueda hacer. No vamos a reproducir aquí esas advertencias, que están al alcance de quien desee consultarlas. En cualquier caso, pocos dudarían de que el consumo de un producto es un buen índice de la percepción de su *valor de uso*, al mismo tiempo que es insuficiente para juzgar otros valores diferentes a los de intercambio, entre los cuales estarían, por ejemplo, la originalidad o el potencial de desarrollo futuro, su utilidad para usos diferentes a la producción actual de nuevo conocimiento, o en definitiva, otros índices de calidad. ¿Pero como podrían medirse cuestiones tan difíciles de tasar? Suele ser común el señalar que la calidad de un producto no es algo que pueda ser juzgado ni por la amplitud de su consumo, ni que tampoco esté al alcance del criterio de la mayoría de los consumidores; es algo que deben de realizar *expertos* en ese tipo de productos, como sucede con los vinos, el aceite o el arte. Pero, ¿quiénes son esos expertos? Para responder a esta pregunta necesitamos referirnos a cómo se determina tal estatus en el seno de la comunidad a la que pertenecen: el gremio de los científicos.

5.3 La organización social de la comunidad

Los expertos se supone que son los miembros de la comunidad con mayor criterio de juicio en el ámbito de su especialidad. Serían gentes que destacan por encima de la media, aquellos cuyo juicio recibe mayor *crédito* (se les atribuye más valor) en el seno de la comunidad. Idealmente serían aquéllos cuya autoridad científica es menos contestada. Algo que, sin duda, les concedería una capacidad de regulación epistémica importante, pues su voz no podría dejar de ser oída por parte de los miembros de la comunidad, al mismo tiempo que sus juicios tampoco podrían ser ignorados, a pesar de las controversias que generaran. Se trataría de personas que tienen, porque se lo han ganado, el respeto de la comunidad. Serían los más eminentes dentro de ella, por eso a sus opiniones se les atribuye *valor, crédito, autoridad*; dicho de otra manera, tendrían capacidad de liderazgo en la comunidad o, más llanamente, *poder epistémico*. Algo que podría considerarse como una forma blanda de poder, y que no siempre coincide con el poder institucional, pero que tampoco sería totalmente independiente de él.

No es improbable que la mayoría de los lectores opinen que esta caracterización que acaba de hacerse es un tanto idealizada. Pero es posible que también consideraran que así debería ser, aunque no siempre lo sea. El aumento de tamaño de la comunidad, la pluralidad de instituciones, la diversidad de subdisciplinas, las escuelas de pensamiento existentes, y la competencia por los recursos, hacen que el establecimiento de liderazgos más o menos aceptados sea cada vez más difícil. De nuevo, *el demonio está en los detalles*. Tal vez pueda decirse que los mismos científicos, más preocupados por su objeto de estudio que por el análisis de sus interacciones sociales (en lo que vaya más allá de sus disputas cotidianas por cuestiones de recursos y poder institucional), tiendan a tener una visión un tanto idealizada de la ciencia como institución social. El mito platónico de la República, que pocos aceptarían como factible para una comunidad política real, no es tan infrecuente que se crea aceptable para la explicación del funcionamiento de una comunidad científica centrada en el estudio de su objeto y desprendida de los intereses mundanos de sus oficinantes. Ello hace que a veces se produzca una cierta disociación, que se manifiesta en un doble movimiento: por una parte se reclama con nostalgia el juicio informado de expertos neutrales y objetivos (o se reclama la formulación de criterios ‘objetivos’, como si tal cosa fuera posible), mientras que por otra, no parece posible alcanzar un acuerdo sobre esos criterios o sobre quiénes podrían ser esos expertos cuyas valoraciones serían aceptados por todos. El resultado es que, cuando tales valoraciones resultan necesarias, la única solución posible es establecer sistemas reglados (con más o menos fortuna) para la selección de esos expertos, para protocolizar procedimientos de valoración, y para el establecimiento de mecanismos de arbitraje ante desacuerdos. Algo que acaba decidiendo, como difícilmente podría ser de otra manera, la autoridad administrativa competente.

Parece como si los científicos tuvieran una especie de creencia en una *Santísima Tetralogía de la Ciencia* en la que la semántica (lo que el objeto es), la sintaxis (la metodología), la pragmática (la comunicación científica) y la política (la jerarquía de la comunidad), fueran cuatro formas distintas de manifestación de la misma sustancia verdadera: el conocimiento. La generación del cual sería consecuencia del principio supremo de la congregación científica: la búsqueda de *la* verdad y nada más.

La visión que se acaba de presentar seguramente no ha sido nunca ajustada a los hechos de la práctica científica, pero es que ahora ni siquiera ya resulta aceptable como ideal a alcanzar. La ciencia no es algo que lleven a cabo una comunidad de sacerdotes de la verdad, desprendidos de todo interés mundano, como los filósofos de la República de Platón. Más bien se ha convertido ahora en una actividad compleja y seguramente ya industrializada en la que sus instituciones se han convertido en *factorías de conocimiento* (Knorr-Cetina, 1981). Por eso, los modos de caracterizar el valor de sus productos, y del proceso a partir del cual se generan, distribuyen y consumen, ya

no puede descansar ni sobre la idea de mecanismos de trueque en un mercado local, ni en la opinión de gentes con poder atribuido en una comunidad de tamaño moderadamente reducido. Los parámetros de funcionamiento de la ciencia en estos tiempos han cambiado profundamente.

5.4 *Del mercado de la ciencia a la ciencia en el gran mercado del mundo*

La ciencia ya no es sólo cuestión de los científicos, ahora se ha convertido en una actividad estratégica para las comunidades socio-políticas. En cierta manera, este fenómeno no es nuevo, ya lo anunció (y reclamó) Francis Bacon en el s. XVII, pero ahora es claramente manifiesto que el desarrollo y control de la ciencia ya no está (si es que alguna vez lo estuvo) en manos de los científicos. Ahora se habla de *tecnociencia* (Latour, 1987), de *Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología*, e incluso la misma palabra ciencia desaparece para ser sustituida (de un modo sinecdótico) por la palabra *investigación*, la cual, a su vez, se ve incluida como elemento en una ecuación a la que se le suman otras palabras (I+D, I+D+I) que ponen ya claramente el acento en la importancia económica (y política) para la vida social actual. Todos estamos acostumbrados a que la prensa de difusión general reclame inversiones en investigación como procedimiento para aumentar la riqueza y la influencia de una nación.

La ciencia ahora forma parte de un mercado crecientemente globalizado en el que el público general, otras ciencias y otras prácticas sociales demandan productos de cada disciplina particular. El valor de los productos científicos ya no responde únicamente a las fluctuaciones de la demanda de su mercado epistémico específico, sino a lo que sucede en un mercado mucho más amplio. La ciencia, sus productos, pero también sus productores, sus medios de producción, sus *futuros*, entran en el mercado y se convierten en mercaderías (*commodities*) para el intercambio social. Ahora los productos científicos son *transcribibles* a otros códigos (Latour, 1987), reciben valor por parte de otros mercados sectoriales, de manera que la valoración científica viene acompañada, y a veces sustituida, no sólo por el valor de utilidad, sino por el de intercambio social, por el dinero o prestigio que proporciona, incluso por su validez aparente, por su valor propagandístico.

Este fenómeno tiene algunas consecuencias que están lejos de ser anecdóticas. Cuando la demanda social, externa al mercado epistémico local de los científicos especializados, toma carta de naturaleza, el deseo de saber de la comunidad empieza a no ser la única demanda, ni el único criterio de valoración de los productos de la investigación. El valor atribuido por la comunidad de productores comienza a compartirse con la utilidad marcada por el mercado. Y como los recursos productivos sobre los que descansa la actividad de los investigadores dependen cada vez más del valor

de uso que sus productos tengan para la comunidad socio-política que sustenta su trabajo, el valor epistémico se va subordinando gradualmente al valor de intercambio en el mercado globalizado. De este modo, la valoración de la ciencia escapa cada vez más del control de los científicos, de manera que los mecanismos que inciden en la producción de conocimiento (lo que Danziger, 1990 llamaba *economía política de la ciencia*) se van inscribiendo cada vez más en los que regulan el funcionamiento de las redes de la economía política general. El resultado es que el mercado general dicta de manera cada vez más drástica qué aspectos del objeto de estudio son más valiosos, tendiendo a regular de manera cada vez más pormenorizada los recursos a distribuir entre los investigadores, con el resultado de que el funcionamiento de las comunidades científicas se ve forzado a ajustarse a las demandas de producción del mercado, o se ve en peligro de perecer.

Esta situación coloca a los científicos, y especialmente a quienes entre ellos tienen tareas de responsabilidad en la política científica, ante una situación delicada. Por una parte, como miembros de la comunidad científica, no pueden dejar de sentirse afectados por las normas depuradas en el seno de la comunidad científica, entre las cuales están la libertad de investigación y la idea de calidad epistémica, ambas no ajenas al mito platónico que antes se mencionó. Pero, por otra, se ven forzados a instrumentar procedimientos positivos para promover la producción de productos considerados valiosos por quienes sufragan la producción. Aparece entonces el dilema de cómo gestionar la producción científica, bien manteniendo *oasis artesanales* (más o menos aislados) en los que los científicos puedan trabajar según sus preferencias (el ideal que inspiró al modelo Humboldtiano de universidad que hemos heredado), o bien estableciendo *políticas positivas de incentivación* (y/o castigo) a las subcomunidades de investigadores en función de su productividad (rentabilidad en relación con la inversión), evaluada por los procedimientos de tasación disponibles, lo que supone una profunda alteración de algunas de las normas que hasta ahora han constituido parte de la moral de las comunidades científicas. El espíritu de los tiempos parece que ha llevado a adoptar esta segunda estrategia de forma bien clara.

Para que tal política sea posible de ser llevada a cabo en sistemas regidos por el imperio de la ley (como afortunadamente es el nuestro), se hace precisa la regulación de los procedimientos de aplicación de tal política. Ello se hace a través del dictado de reglas para la programación de la política investigadora y para la tasación del valor de los productos que se generen; al mismo tiempo que se crean instituciones para la implementación y seguimiento de estas políticas. El resultado, especialmente cuando la financiación de la investigación está prácticamente concentrada en la mano de organismos estatales, es una estricta regulación de los procesos de producción (cf., p. e. el Plan de Trabajo para 2008 del Plan Nacional de I+D+I). Cuando tal cosa sucede,

los organismos reguladores adquieren un poder indudable. El funcionamiento del mercado lleva a las administraciones a desarrollar políticas positivas, con el resultado que el poder administrativo acaba instrumentando nuevas formas de poder epistémico. La novedad es que ahora este poder epistémico no puede ya negociarse en el seno de la comunidad de investigadores, sino que viene dictado desde fuera de ella. El establecimiento de prioridades de investigación, el modo de selección de evaluadores de proyectos y las reglas de tasación de los resultados ejercen efectos indudables en los procedimientos de promoción académica y en la dirección del trabajo científico. Lo que antes era solamente un método de tasación, pasa ahora a ser el sistema valoración utilizado por las autoridades administrativas reguladoras de la producción, y lo que pretendía ser un sistema de descripción del valor atribuido por el mercado epistémico se convierte en un conjunto de reglas prescriptivas que quien quiera progresar en el sistema administrativo de la ciencia debe seguir (o sortear) cuidadosamente.

En definitiva, las objetividades producidas por la investigación científica son resultado no sólo de la naturaleza del objeto de estudio bajo escrutinio, sino de la finalidad a la que la investigación se dirige, su para qué (e inevitablemente su para quién), que es lo que dicta la validez de los resultados. Una validez que ya no depende sólo de lo que digan quienes antes se ha calificado de autoridades epistémicas (quienes tienen *crédito* epistémico reconocido por la comunidad), ni tampoco de lo que dicte el mercado puro y duro, sino de lo que prevean los mecanismos de regulación institucional establecidos (incluyendo sus posibles efectos perversos, cf. Fernández Dols, 1992) y quienes ocupan puestos políticos de designación (y las personas en quienes ellos deleguen). Podríamos estar de acuerdo, parafraseando a Churchill, en que la ciencia es algo demasiado serio para dejarlo solamente en manos de los científicos. Pero, si esto es así, y probablemente lo haya sido siempre de una manera u otra, entonces el examen pormenorizado de los procedimientos mediante los cuales se producen objetividades, y cómo éstas se han ido transformando a lo largo del tiempo, no es en modo alguno trivial para el examen crítico de los productos científicos generados. Y ésta es precisamente parte de la labor de la Historia de la Ciencia. Dicho de otra forma, lo que se pueda decir sobre el objeto de estudio (la semántica de los textos científicos) no es en absoluto independiente ni de los métodos que se apliquen (la sintaxis), ni de la política científica (organismos y procedimientos de regulación), como tampoco lo es de la pragmática de la comunicación científica. Como dice Latour (1987), si queremos conocer cómo estos procesos afectan a la fabricación de los conocimientos, en lugar de tomar a éstos como objetividades reflejo de «la realidad», debemos abrir las «cajas negras» (recintos cerrados, con sistemas de operación no directamente visibles, de los que sólo se puede observar los *inputs* que las alimentan y los *outputs* que producen) en cuyo interior se producen esas objetividades.

5.5 Niveles metasemánticos de la ciencia

En los párrafos que siguen se examinará cómo estos niveles metasemánticos van estableciendo una especie de andamiaje (o quizás mejor un encofrado) que suministra las condiciones de posibilidad para la conformación semántica del objeto. Esto se hará examinando paso a paso el funcionamiento del mercado simbólico (Bourdieu, 1991; Rosa, Huertas y Blanco, o.c.) de la ciencia en sus procesos de producción, distribución y consumo.

Las instituciones de producción

La producción científica la llevan a cabo grupos de investigación insertados en instituciones, cuyo funcionamiento viene esquematizado en la figura 4.

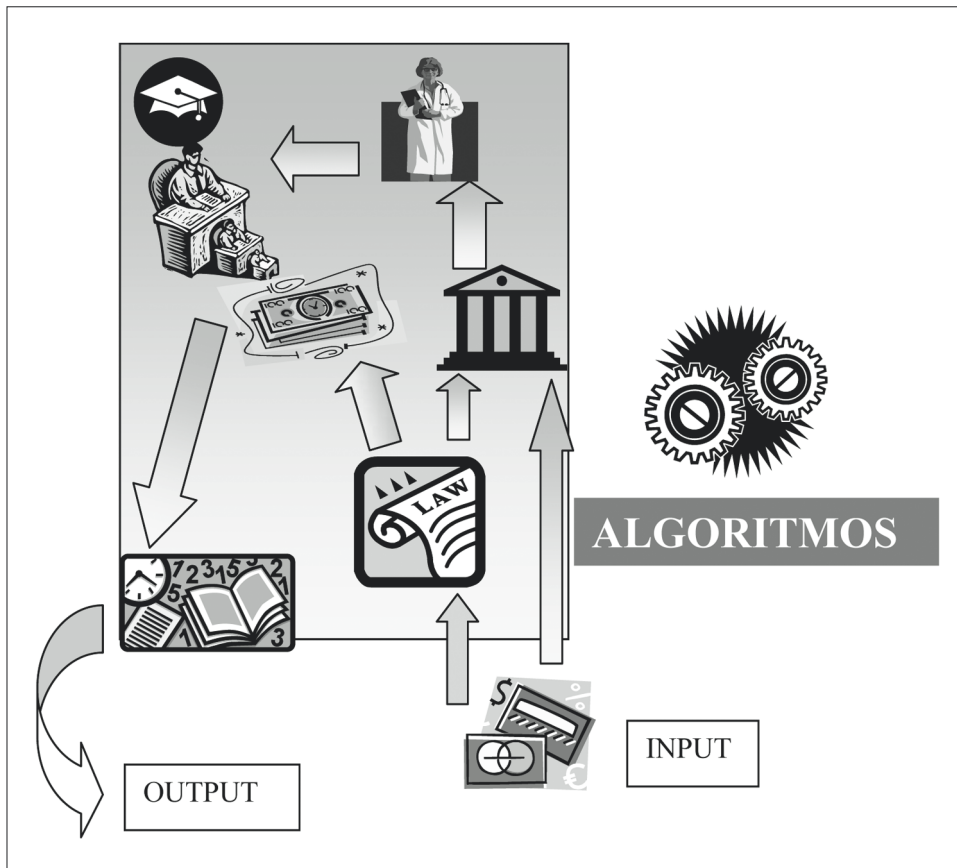


Figura 4

Las instituciones de investigación reciben el *input* que permite su funcionamiento desde fuera de ellas mismas, en la forma de un crédito social que se les otorga, y que les proporciona reglas sobre cómo pueden funcionar y les suministra recursos para ello. Ese crédito social otorgado se instrumenta en sus reglamentos internos, en la estructura y composición de sus recursos humanos y materiales, en su jerarquía y en su presupuesto de ingresos y gastos. Su razón de ser está en la generación de *outputs* que estén de acuerdo con el propósito para el que fueron creadas: su producción, que no es otra que la generación de textos para ser puestos en circulación entre los miembros de la comunidad científica más allá de los componentes de la institución misma.

Una buena institución es aquella que funciona de la forma más simple y eficiente posible, con una buena *ratio* entre producción e inversión, al mismo tiempo que su actividad se ajusta con el menor ruido posible a sus normas de funcionamiento, a los *algoritmos* que rigen el proceso de producción. Es decir, cuando la conducta de los científicos sigue disciplinadamente las normas tanto de funcionamiento de la institución a la que pertenecen, como las que constituyen la metodología de trabajo de su gremio.

Pero, ¿cómo juzgar la calidad de su producción? Para contestar a esta pregunta es preciso pasar a la fase siguiente del funcionamiento del mercado.

La distribución del conocimiento

El conocimiento se da a conocer a través de la publicación de sus textos en medios de distribución (congresos, revistas, libros en colecciones editoriales, etc.). Estos medios son también instituciones que también dependen del crédito que reciben. Los *inputs* que hacen posible su funcionamiento son, por una parte, los productos epistémicos, en forma de textos, generados por las instituciones de investigación y, por otra, los fondos económicos que les suministran las instituciones propietarias de ellas (ver fig. 5).

El funcionamiento interno de estos medios está también regulado de un modo tal que podría hablarse de algoritmos de regulación de su actividad (p.e., ver Delgado López-Cózar, Ruiz-Pérez y Jiménez Contreras, 2006), entre los cuales está el tener un académico que actúe de director (*editor*, en inglés), un consejo de redacción, un consejo asesor, un sistema de evaluación ciega por pares, un sistema normalizado de envío y corrección de manuscritos, etc.

El *output* resultado de todo el proceso es la publicación de textos científicos una vez que superan todo el proceso de evaluación y pulimento de los manuscritos recibidos. Naturalmente no todos los medios de distribución reciben el mismo número de manuscritos, tienen el mismo alcance y, por consiguiente, tampoco tienen los mismos precios de suscripción, ni reciben el mismo crédito por parte de la comunidad científica. Como no puede ser de otra manera, hay editoriales y revistas de mayor y menor prestigio, mejor y peor valorados, más caras o más baratas. Como sucedía en los casos

anteriores, la valoración de estos medios depende del paso siguiente en el funcionamiento del mercado, en este caso, del consumo de sus productos. Pero el proceso no es unidireccional, pues los medios de comunicación con mayor valoración social son más demandados, alcanzan a un público más amplio, de manera que los productos que éstos distribuyen tienen mayores probabilidades de ser consumidos.

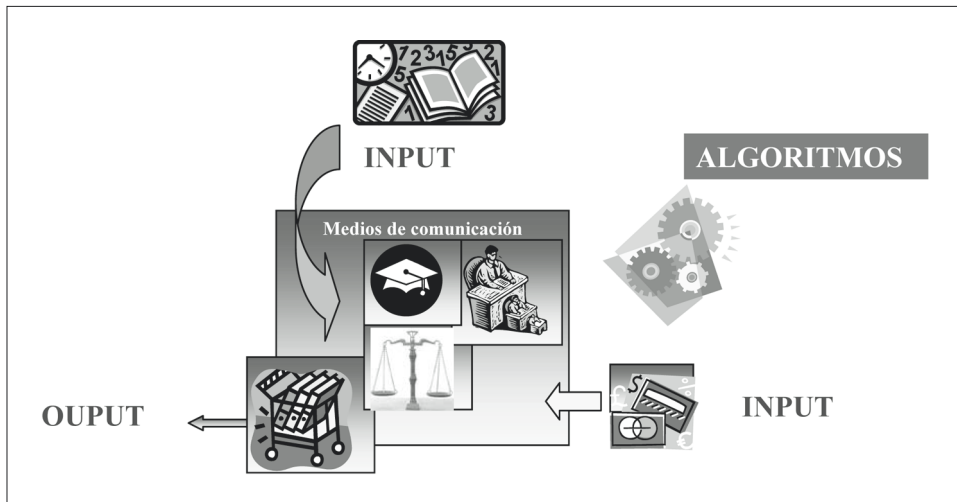


Figura 5

El consumo

Éste es el último momento aparente en el funcionamiento del mercado simbólico. Se refiere a la puesta en uso del conocimiento incluido en los textos que alcanzan a los consumidores.

El *input* de este proceso tiene la forma de las publicaciones que alcanzan y reciben el interés (o no) de los consumidores. Éstos son tanto académicos como técnicos que trabajan en la aplicación de conocimientos. Este público de consumidores forma parte de un mercado general, pero subdividido en mercados especializados con solapamientos y límites difusos, resultado, entre otras cosas, de las divisiones subdisciplinarias existentes.

Una cuestión importante a no olvidar es que la única manera de estimar el consumo epistémico es a través del uso de los *inputs* que recibe para la generación de nuevos productos, ya sea en la forma de nuevas producciones académicas, o en la generación de valor añadido en actividades económicas (profesionales y aplicadas); dicho de otra manera, el consumo se estima a través de sus repercusiones en la producción misma de los consumidores. Los textos producidos pueden tener un valor de uso epistémico,

que se manifiesta en el uso de las referencias en nuevos procesos de producción (como señala la flecha que se dirige en diagonal hacia arriba a la derecha en la figura 6), o/y un valor de intercambio como aplicaciones prácticas con una valoración económica directa en la prestación de servicios, aunque esto último recibe más una valoración económica que epistémica. En ambos casos, el consumo genera no sólo un beneficio para el consumidor (en la forma de materia prima para su producción propia, o de recurso para su actividad profesional), sino que también produce *crédito* hacia las fases anteriores de la actividad: la distribución y la producción. Este crédito representa un *valor de futuro* para distribuidores y productores, quienes reciben así una mayor *cotización* en la forma de atribución de solvencia investigadora, o de prestigio editorial. De esta manera, el consumo no es sólo el último elemento del mercado simbólico, sino que ejerce una enorme influencia sobre cada uno de los elementos que lo constituyen.

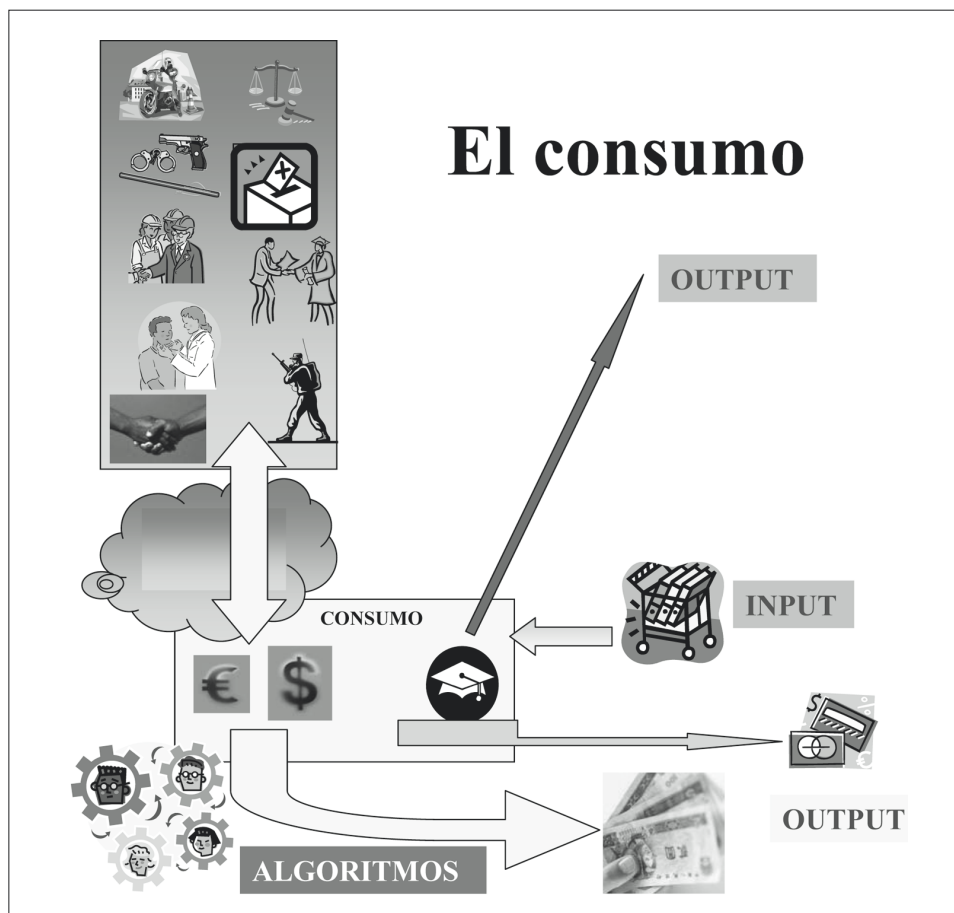


Figura 6

En la consideración del consumo no puede dejarse de lado la presencia de demandas socio-económicas específicas que se ven modificadas por los productos ofertados, y que a su vez ejercen un efecto atractor para la producción de nuevos productos. Cuando el mercado académico se va involucrando cada vez más con la producción de bienes y servicios aplicados, el propio objeto de estudio (tal como aparece como «objeto de papel» en los textos científicos –Latour, 1987) tiende a irse ajustando cada vez más a la visión que se considera como conveniente para el mantenimiento del funcionamiento del sistema social existente. A esto es a lo que Foucault (1970) se refería cuando reclamaba que se prestara atención al papel del poder en la constitución de la *realidad objetiva*.

Una obvia consecuencia de lo dicho es que se consumirán preferentemente aquellos productos que tengan mayor validez para las demandas del mercado. Dicho de otra manera, la estimación del consumo refleja preferentemente lo que se considera valioso para la demanda existente en un momento particular y, lógicamente, lo que se considera más válido para la utilidad que se persigue en cada momento. Pero el consumo es sólo un índice de aceptación, y no necesariamente de calidad, algo que resulta obvio no sólo en el mercado epistémico, sino en cualquier forma de mercado. En cualquier caso, valor de uso y valor epistémico pueden no coincidir, pueden producirse productos que alcanzan poco o ningún consumo, pero eso puede no deberse a falta de calidad epistémica, sino a múltiples causas, como puede ser la falta de crédito atribuido a su autor, a carencias de promoción, a que no aparecen en medios de distribución adecuados a su demanda potencial, a la estrechez del mercado subdisciplinar al que se dirige, etc. De todos modos, la calidad epistémica es extremadamente difícil de estimar. No es extraordinario que una aportación resulte relativamente ignorada en un momento, y aparezca como genial años o décadas, o incluso siglos, después (los casos de Spinoza, Vico o Vygotski son elocuentes). Algo que lleva a algunos a decir que son aportaciones adelantadas a su tiempo, o productos de la genialidad, pero que tal vez son sólo resultado de una producción realizada sin atender demasiado a las demandas del mercado de su momento y que, sin embargo, tiempo después pasan a ser útiles en circunstancias diferentes.

En el caso de la Psicología el efecto de la demanda tiene algunas consecuencias que creo pueden resultar bastante explícitas si se les presta la debida atención. Lo que la Psicología estudia es cómo se comportan los organismos vivos, y cuando éstos son humanos, cómo lo hacen en condiciones particulares. Cuando la Psicología se fija en esas condiciones concretas su sustantividad misma parece transmutarse al añadirse adjetivos o gentilicios, como sugiere la figura 6. Esto afecta a la conformación de la Psicología, que pasa a ser una familia de disciplinas con nombres tales como Psicología de la Salud, de la Negociación, Educativa, Militar, del Trabajo, Jurídica, del Tráfico, Política, del Marketing, etc., todas ellas escritas con las mayúsculas que designan al

ámbito disciplinar que se desprende de su aplicación a instituciones y prácticas sociales más allá del interés académico por el objeto. Si se da, además, el caso de que la valoración que se haga de los textos epistémicos en circulación se vaya haciendo progresivamente subsidiaria de la valoración de intercambio en el mercado, no tiene nada de particular que la Psicología en su conjunto se vaya convirtiendo más en un conjunto de tecnologías aplicadas cuya validez depende más de la valoración de su particular mercado de consumo aplicado, y del funcionamiento de una parte de la comunidad académica dedicada a servir esta demanda. La consecuencia es un movimiento centrífugo entre subdisciplinas, con una progresiva pérdida del efecto centrípeto que la producción académica teórica y básica venía tradicionalmente ofreciendo. No sería de extrañar que la consecuencia a largo plazo fuera la caída en valoración de las producciones académicas cuya aplicabilidad inmediata no resulte evidente, con la posible excepción de casos en los que las regulaciones positivamente establecidas hagan posible promover alguna forma de validez particular añadida, que no es preciso que sea únicamente epistémica, como pudiera ser la ganancia de visibilidad académica o de poder institucional de algunos grupos.

¿Aporta algo la Historia a la interpretación de los productos de la ciencia?

Ni que decir tiene, que el funcionamiento del mercado simbólico que acaba de ofrecerse peca de presentista, e incluso quizás de futurista, pues algunos de los procesos que se han descrito todavía están implantándose entre nosotros. Probablemente resulte posible caracterizar el cambio epistémico, y quizás más aún el cambio científico (por el momento histórico en el que aparece la ciencia misma, el de desarrollo del capitalismo moderno), en términos de un modelo de mercado. Pero de lo que no cabe duda es que la estructura del mercado y las reglas de valoración que en él se aplican cambian con el tiempo. Sin embargo, no creo que pueda nunca decirse que los conocimientos que se produzcan en cada momento tengan una naturaleza atemporal.

Si la imagen del mismo «objeto de papel» que resulta del trabajo de los científicos inscritos en las instituciones de investigación que lo produce se ve profundamente afectada por el proceso que se acaba de describir, no parece que resulte irrelevante el estudio de la conformación de las condiciones de producción de objetividades, de lo que llamamos *conocimiento*. No se trata de plantearse si ese conocimiento es o no *verdadero*, algo que siempre me ha resultado un tanto pretencioso, sino cuáles son y cómo se han generado los criterios de validez que se aplican en cada caso, y su grado de generalidad. Por eso, la distinción entre *historia interna* e *historia externa* de la ciencia nunca me ha parecido útil, precisamente porque llama precisamente a ignorar cómo y para qué se generan los criterios de validez y, en consecuencia, a tratar de explicar por qué algunos conocimientos se consideran válidos y otros menos válidos.

La figura 7 ofrece una imagen del funcionamiento global del mercado epistémico. Como allí puede observarse, se trata de un ciclo en el que se producen retroalimentaciones entre sus diversas fases, siendo el consumo quien ejerce la mayor influencia sobre los procesos de producción y distribución a partir del crédito que genera como consecuencia de los beneficios de futuro esperados.

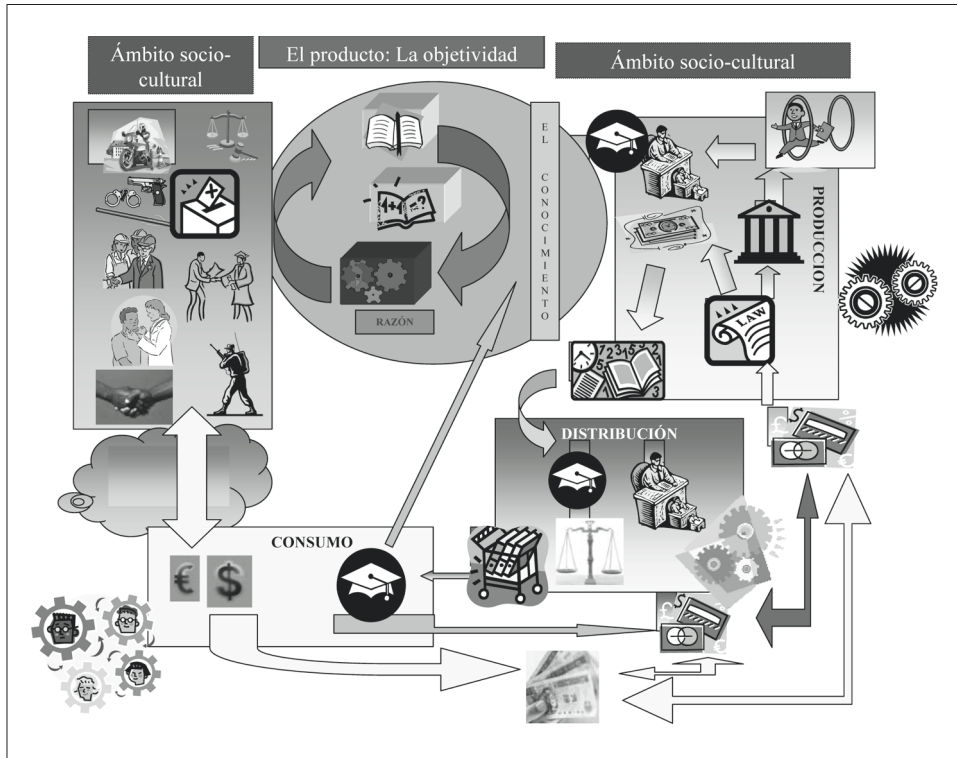


Figura 7

El funcionamiento del mercado simbólico es un conjunto de fenómenos que pertenecen al ámbito de lo social. En cada una de sus fases se van generando normas que muchas veces aparecen en regulaciones institucionales positivas (leyes, decretos, órdenes ministeriales, reglamentos institucionales, etc.), que se convierten de esta manera en prescripciones de acción. El resultado es que el comportamiento de los actores involucrados en el proceso de producción de conocimiento se ve crecientemente *algoritmizado*. Dicho de otra manera, se trata de un proceso de redistribución de la agencialidad en el que la capacidad de actuación de los científicos se ve crecientemente restringida e incentivada por normas de funcionamiento protocolizadas al objeto de procurar una mayor eficiencia productiva al servicio de las demandas del consumo.

En definitiva, la producción de conocimiento se ve sometida a lo que Latour (1987) llama una *maquinación* que, a los ojos del no avisado, aparece como destilación de la racionalidad, pero que de hecho se trata de *una* racionalidad, la explicación de cuya génesis no puede ser otra que de naturaleza histórica.

No se trata en modo alguno de sostener que el conocimiento producido sea consecuencia exclusiva de factores socio-históricos, ni que la calidad epistémica de un producto científico sea sometida exclusivamente al juicio de los historiadores, pues eso implicaría que el objeto de estudio no podría resistirse a las acciones de quienes con él trabajan, y por consiguiente no tendría ninguna clase de *sustancialidad*. Se trata más bien de reclamar que no se olvide que las manipulaciones a las que es sometido el objeto producen unas experiencias empíricas y no otras, que esas manipulaciones se producen con unos propósitos y no con otros (aunque a veces aparezcan resultados y consecuencias no previstos o deseados), y que se producen explicaciones siguiendo unos formulismos y no otros, además de utilizar unos criterios particulares de valoración, que pueden cambiar con el tiempo y las circunstancias. Ni que decir tiene, que el argumento que aquí se está desarrollando es para aplicarlo a productos que quepa juzgar como formalmente correctos en las concepciones de la ciencia al uso, pues en absoluto se sostiene que el recurso a las contingencias histórica o a los modos de operación del poder social sean la única explicación posible de la producción epistémica o de su calidad. Mi argumento no debería utilizarse para intentar disculpar lo que se pueda considerarse como el uso erróneo o inadecuado de un método (si bien los límites son ciertamente difusos), su intención es llamar la atención sobre cómo el funcionamiento del mercado lleva al desarrollo de unas formas de demanda a partir de las cuales se generan criterios de validez, y se desarrollan algoritmos que conforman conocimientos más o menos tasables con un valor particular en cada momento. En definitiva, no se trata de decir que la valoración de los elementos que conforman la maquinación científica son consecuencia exclusiva de aplicación pura y dura de los mecanismos del poder, pero sí de señalar que la tasación del valor que en cada momento se hace no puede nunca ser una justa y equitativa apreciación del valor epistémico, pues esto último es imposible, al ser aquél históricamente contingente; y si se quisiera hablar de estimación objetiva, sólo puede considerársela así en relación con la aplicación de criterios normativos necesariamente vinculados a una situación socio-histórica particular.

5.6 *La visión del científico y la del historiador de la ciencia*

Parece, entonces, que las visiones de los científicos y la de los historiadores de la ciencia sobre la valoración de los productos científicos no coinciden. Los primeros acusarían a los historiadores críticos de relativistas –y por consiguiente de pecadores contra la moral de la ciencia que llama a la búsqueda de *la verdad* (tachándoles de

inmorales, como decía Stephen Brush, 1974)—, mientras que los segundos no podrían dejar de considerar a quienes mantienen posiciones científicas, como la expresada al principio de este trabajo, o bien como presentistas ingenuos o, en el peor de los casos, como integristas de un credo que, siendo históricamente contingente, a veces toman como universal y transtemporalmente válido.

Tal diferencia de perspectiva es difícilmente evitable, quizás sólo podría serlo mediante el diálogo entre ambos gremios. Para ello sería necesario que, por un lado, los historiadores ofrecieran productos de su práctica epistémica que fueran útiles para los científicos; pero, al mismo tiempo, sería también imprescindible que los científicos no se fijaran sólo en lo que el objeto hace cuando lo manipulan, sino que prestaran atención a cómo, y sobre todo a por qué y para qué lo manipulan, y cuales son los objetivos de las instituciones a las que pertenecen. Los cambios en la conducta de los científicos, y las razones que llevan a estos cambios, es precisamente el objeto de estudio de los historiadores de la ciencia, quienes, de esta manera, están también historiando la propia conformación del objeto de la investigación científica misma.

6. UNA MIRADA A LA PSICOLOGÍA CON OJOS DE HISTORIADOR

Los psicólogos llevan ya muchos decenios batallando por la científicidad de su disciplina, y lo vienen haciendo, por lo menos una parte muy importante de ellos, tratando de ajustar su conducta investigadora a las normas de comportamiento de los científicos. No tiene nada de sorprendente que, al tratar de evitar los sesgos subjetivos, hayan prestado atención preferente a protocolización de sus actuaciones de investigación, de manera que su objeto de estudio (psique) pueda desvelarse sin que se vea contaminada por las preferencias, deseos o prejuicios del investigador. Pero tal intento, cuando se lleva al extremo, puede producir algunos resultados perversos.

6.1 *Algoritmización del Psique y mecanización del sujeto*

El establecimiento de situaciones estandarizadas de prueba (no sólo tests, sino también situaciones experimentales) establece unas condiciones de posibilidad para la acción del sujeto que en sí mismas son una situación social (Danziger, 1985). De este modo, se trata de controlar las fuentes de variación de la conducta, reduciendo al mínimo posible la capacidad agencial del sujeto, y exportándola a las condiciones ambientales generadas por el investigador. Pero, además, se procede a una creciente normalización de los procedimientos a utilizar por parte de los experimentadores para objetivar al máximo las condiciones de prueba y los resultados que de ellas se obtienen. El doble proceso de restricción de las condiciones de posibilidad de acción (de los

sujetos y de los investigadores), cuando es llevado al límite, puede conducir a que los resultados obtenidos reflejen la propia algoritmización del procedimiento utilizado. No puede, entonces, resultar sorprendente que la misma psique (un concepto acuñado para intentar referirse a la *agencialidad* de los seres vivos y de los humanos) tienda a ser objetivada como un conjunto de algoritmos más o menos mecánicos, en detrimento, muchas veces, de los propios procesos interpretativos de la experiencia personal que se producen en entornos reales de actuación.

6.2 Fragmentación disciplinar

La *psique* sobre la que trabajaron Wundt, Freud, Skinner, Piaget, Fodor o Rumelhart es bien distinta. Cabe incluso pensar que no se trata de que cada uno de ellos aborde el mismo objeto, pero desde distinto punto de vista, o que privilegieran el estudio de unos fenómenos sobre otros, sino que la conciben de maneras bien diferentes e incomparables entre sí. Literalmente están hablando de psiques diferentes. Y si alguien opta por trabajar desde uno de estos puntos de vista, no es porque se haya probado que los demás sean erróneos en aspectos no anecdóticos y marginales de sus respectivas teorías, o porque sus aproximaciones hayan sido superadas por aportaciones posteriores, aunque ésta sea una afirmación discutible más en unos casos que en otros. Para cada uno de ellos la conceptualización misma de Psique y el método de objetivarla en cada caso es distinto, está respondiendo a preguntas diferentes y diseñando una forma particular de contestarlas.

Esta diversidad de aproximaciones a su objeto de estudio no deja de resultar-nos incómoda, y lleva con cierta frecuencia a la esperanza en el advenimiento de un *Newton de la Psicología* que la convierta definitivamente en una ciencia unificada. Una esperanza que parece cada vez más remota, si es que el argumento que aquí se viene presentando no está errado.

Si nos fijamos ahora en los ámbitos de aplicación de la Psicología (las subdisciplinas más arriba mencionadas) –y tenemos en cuenta que lo que en ellas se pretende es estudiar la conducta en entornos particulares de actuación con el objetivo, más o menos explícito, de producir tecnologías para que los individuos se comporten de la forma que se considera deseable por parte de los gestores del sistema social de que se trate–, no tiene nada de particular que *la psique de papel* que se produce en cada caso tenga bastante de *psique local*, pues se ajusta a los requisitos, normas y condiciones de actuación en un entorno socio-cultural histórico particular, además de que a veces ella misma resulta conformada con la ayuda de la tecnología psicológica misma. La imagen del sujeto psicológico así producida no sólo se muestra de un modo necesariamente fragmentario, sino que además es la imagen que conviene a la inserción de los «humanos» en una *maquinación* que lleva a considerarlos como otro más de los «recursos» para el mantenimiento de su funcionamiento.

Esto, además, tiene algunas consecuencias que no puedo dejar de considerar interesantes. Por una parte, el examen del comportamiento en situaciones socio-culturales concretas, y desde subdisciplinas con tradiciones de investigación particulares, presta atención a fenómenos locales en esos entornos, además de generar métodos, concepciones y constructos propios de ese dominio, no siempre fácilmente transportables a otros diferentes. Una consecuencia esperable es una centrifugación de los conocimientos hacia cada subdisciplina, que sólo podría contrarrestarse con el aumento de masa de un núcleo central disciplinar que actuara como encrucijada y punto de discusión entre ellas, cosa que no parece esté sucediendo. La globalización del mercado epistémico puede agravar este efecto centrífugo al aumentar el tamaño de las comunidades sectoriales y generando su propio mercado autónomo.

6.3 Efectos de la globalización sobre la Psicología

Los efectos de la globalización de los procesos de comunicación científica, y la aparente instauración de un mercado para el intercambio de textos, supuestamente abierto a todos, tiene, además otros efectos, sobre algunos de los cuales conviene detenerse.

Un primer aspecto se refiere a la estructura del mercado global mismo. No es verdad que haya un solo mercado epistémico para la Psicología, ese mercado está, cuando menos, fragmentado en diversos mercados con diferentes grados de localidad. Hay mercados subdisciplinares, y también hay mercados por áreas socio-culturales. No todas las subdisciplinas psicológicas tienen mercados del mismo tamaño, ni todas las producciones de áreas socio-culturales tienen la misma difusión fuera de sus límites geográficos. La estructura económica y política de cada momento se muestra también en el dominio de la ciencia. Esto, que no tiene nada de extraño, no sólo hace que reciban mayor audiencia unos medios que otros, que unas producciones epistémicas sean más utilizadas en nuevos procesos de producción –especialmente en aquellos lugares con mayor capacidad productiva y difusora–, sino que, además, tiene efectos sobre la valoración de las producciones, los autores, las instituciones y los medios de difusión. Este efecto se agrava cuando se utilizan preferentemente sistemas de tasación diseñados para una fracción parcial del mercado, aunque sea muy grande y guste de llamarse a sí mismo global, porque efectivamente es preferente respecto de los demás, y porque tiene mayor capacidad de producir y difundir sus productos. De nuevo, *el demonio está en los detalles*. ¿Cuál es la audiencia que se debe considerar a la hora de estimar el impacto de una producción?, ¿el concepto de validez que maneja la audiencia considerada tiene alguna incidencia sobre el juicio de valor (o de crédito) que se atribuya a un producto?, ¿qué pasa cuándo en los mecanismos reglados para la tasación del valor epistémico se utilizan preferentemente índices que no reflejan el valor que el producto

pueda tener en el mercado al que se dirige la producción? La respuesta a estas preguntas creo que es bastante directa y fácil. Si no se tiene en cuenta el mercado al que se dirige la producción, y el impacto de ésta se considera en relación con el mercado global, cuanto más amplio sea el mercado local al que uno se dirija, mayor posibilidad tiene de ejercer algún impacto sobre él. Pero, además, para ejercer tal impacto, uno debe de producir productos que demande ese mercado, y hacerlo con los criterios de validez que en él se utilicen. Dicho de manera muy llana, no es demasiado bueno trabajar en un área subdisciplinar pequeña, ni ser original, ni tampoco fijarse en temáticas o prestar atención a problemas sociales que no sean del interés de evaluadores situados en las instituciones de producción o difusión con mayor acceso al mercado supuestamente global (es decir, abrumadoramente anglosajón). Lo sorprendente es que los gestores administrativos del sistema de ciencia más avanzado de una comunidad socio-cultural que agrupa a varios cientos de millones de personas (la tercera del mundo) no parezcan tener mayor interés en promover el desarrollo de un mercado epistémico que han heredado y que no creo fuera demasiado difícil impulsar mediante políticas positivas, por otra parte coherentes con el esfuerzo que en otros dominios se está haciendo por la promoción de la lengua y la cultura. Más bien al contrario, lo que a mi juicio está sucediendo es que se promueve la abdicación del ejercicio de la capacidad de juicio académico de la comunidad local, para dejarla en manos de otros que no siempre tienen las mismas prioridades de investigación, ni los mismos criterios de validez, ni tampoco se relacionan con las necesidades de la misma comunidad social. Con ello no sólo se promueve la importación y el seguidismo, sino que se desincentiva la innovación, pues productos peculiares que puedan producirse en el mercado local y pueden llegar a tener un interés más allá de él, ven más difícil alcanzar mercados más amplios, puesto que los miembros de la comunidad local crecientemente se van desentendiendo de las producciones locales, reduciendo al mínimo la posibilidad de impacto de los productos propios sobre la comunidad local, que podrían luego contribuir a difundirlos en otros mercados. Parece como si la única posibilidad de desarrollo estuviera en hacer lo que se hace fuera, y no en promover producciones propias que pueden llegar a tener efectos innovadores en mercados más amplios.

La existencia de un mercado epistémico crecientemente globalizado no implica que las gentes estudiadas (los portadores de *psiques*) vivan en entornos equivalentes, reciban informaciones comparables, actúen con motivaciones similares, o tengan experiencias fácilmente traducibles entre sí. Esto es algo que resulta ya conocido desde hace bastante tiempo. La Psicología Diferencial surgió precisamente para tratar de dar cuenta de esas diferencias, aunque también es cierto que al principio lo hizo con cierta tendencia a considerar a un grupo como el detentador del canon psicológico universal, como el patrón respecto del cual se estimaría las capacidades psicológicas de los demás. La aparición de otras perspectivas, como p.e. la psicología transcultural,

ha mitigado estos sesgos, pero sin llegar a eliminarlos del todo. Como señaló hace tiempo Wober (1969), debemos preguntarnos no sólo «lo bien que *ellos* hacen *nuestros* trucos, sino lo bien que *ellos* hacen *sus* trucos» (citado por LCHC, 1982, p. 644). La aún más reciente Psicología Cultural (cf., p. e. Kitayama y Cohen, 2007; Valsiner y Rosa, 2007) se plantearía estudiar precisamente esa variedad, al mismo tiempo que busca el esclarecimiento de lo que se ha venido en llamar «universales psicológicos» (cf., p. e., LCHC, 1982). El proceso que ha llevado al desarrollo de estas últimas subdisciplinas puede entenderse como resultado de una redistribución del trabajo disciplinar de la Psicología necesitada de tendencias centrípetas. No es ocioso señalar que en ellas se da una considerable atención a la Historia de la Psicología, algo a lo que nos vamos a referir enseguida.

6.4 *Psique es un producto histórico*

Sea como sea, *psique* como «objeto de papel» es siempre resultado de las acciones de las psiques de los psicólogos, y toma formas diversas a partir de tres fuentes de variación: *a*) las condiciones socio-culturales en las que se produce el comportamiento de las personas; *b*) las demandas sociales que se hacen sobre la explicación de la experiencia, el comportamiento, etc., a las que deben responder los estudiosos de *psique* (cuando se necesitan y los hay); y *c*) las operaciones que lleven a cabo los psicólogos (los algoritmos de sus metodologías) cuando se dirigen al objeto que hayan previamente caracterizado. En definitiva, *psique* es triplemente histórica.

7. PONIENDO A PSIQUE EN EL CENTRO DE LA PSICOLOGÍA. LA NECESIDAD DE UNA PSICOLOGÍA GENERAL

Toda forma de saber disciplinado requiere de un núcleo epistémico central que articule el juego que se da entre sus diversas subdisciplinas. Este núcleo es necesariamente teórico y se soporta sobre un conjunto de preceptos decantados a lo largo de su devenir histórico (cf. Lakatos, 1982; Hübner, 1983). Si no fuera así, las fuerzas centrípetas que el mercado ejerce acabarían desmembrando a la disciplina misma.

Se ha señalado muchas veces que la Psicología no ha logrado nunca establecer un centro que resultara incontestado para su comunidad epistémica, aunque intentos no han faltado. Vygotski señaló hace ya mucho tiempo (1926) que uno de los problemas que aparecen recurrentemente en el devenir temporal de la Psicología es la generalización de la explicación de un tipo de fenómeno (generado en una subdisciplina) hacia otros, hasta el extremo de pretender explicar todo tipo de fenómeno psicológico. Pero es que, a estas alturas, el intento mismo de tratar de establecer ese centro parece

incluso haberse abandonado, o por lo menos no goza de demasiada popularidad. Sin embargo, su establecimiento es lo que da sentido a una parte no despreciable de la comunidad académica de psicólogos. A pesar de la deriva aplicada de la Psicología siguen existiendo investigadores que trabajan en cuestiones de interés para la centralidad de la disciplina. Pero, incluso en estos casos, el diálogo entre ellos no es demasiado abundante, ni tampoco fluido.

Creo que llamar a la reflexión sobre cuál es y cómo caracterizar al objeto de la Psicología Académica no es una extravagancia, pues la acumulación de evidencia empírica y de procedimientos explicativos generados a partir de demandas provenientes del juego, más o menos libre, del mercado, sólo hará más abigarrado el panorama que ya tenemos, sin poner ningún orden en él. Pienso que sería conveniente promover investigaciones teóricas orientadas a poner cierto orden en los niveles de descripción de distintos fenómenos psicológicos, a la vez que se sugieran formas de explicación específicas (pero no independientes) para cada uno de ellos (para una propuesta a este respecto, ver Valsiner y Rosa, 2007a). Algo parecido Vygotski (*op. cit.*), en el lenguaje de su época, expresó como la necesidad de desarrollar una Psicología General.

Para que tal cosa sea posible, resulta imprescindible no sólo poner en relación los conocimientos generados por cada subdisciplina, sino someterlos a examen y articularlos entre sí. Para ello resulta imprescindible entrar en el examen crítico de las metodologías utilizadas, y también de qué es lo que llevó al uso de tales metodologías. Esto último, como ya se ha señalado repetidamente en este trabajo, es también parte de la tarea de la Historia de la Psicología, que de este modo se convierte en auxiliar imprescindible de cualquier forma de Psicología Teórica. Una afirmación que difícilmente se puede considerar una novedad, pues eso es precisamente lo que justifica la posición institucional que todavía ocupa entre nosotros.

Antonio Caparrós gustaba de decir que la Historia de la Psicología no es sólo una disciplina propedéutica para el estudio de la Psicología, sino que, además de ser *formalmente histórica* es, también, *materialmente psicológica*. Y esto es así porque la Historia de la Psicología no sólo tiene como objeto de estudio lo que los psicólogos hacen cuando investigan psique o practican la psicología, sino porque al explicar la génesis misma de las concepciones y explicaciones de psique puede ejercer una función crítica para el desarrollo de la Psicología misma. Creo que ésta última es la función que puede tener mayor interés para los psicólogos. Para poder ejercerla resulta tan imprescindible que los psicólogos teóricos atiendan a lo que los historiadores puedan aportarles, como que los historiadores sepan ofrecer productos que resulten útiles para la investigación psicológica. La presencia de unos y otros en los foros de discusión de cada uno de ellos es una condición de posibilidad insoslayable para que tal diálogo pueda tener lugar.

Como sucede en todos los matrimonios, la pareja que forman la Psicología y su Historia sólo permanece unida cuando se tienen intereses comunes, cuando se escucha lo que cada uno tiene que decir, además de compartir un plan de futuro. Si también la, a veces necesaria, crítica no se toma como un ataque, y la convivencia da placer, nos hallaríamos ante una unión sólida. Pero eso es un asunto de dos, que sólo fructifica sobre la condición de posibilidad de que cada una desee tener tiempo para pasar con la otra.

8. A MODO DE CONCLUSIÓN

Espero que la argumentación que aquí se ha ido desgranando haya permitido explicar por qué no podía estar de acuerdo con las afirmaciones científicas (que no científicas) que se presentaban al principio. En cierta manera este artículo es un intento de discutir algunas afirmaciones que he creído oír en algunas ocasiones. Pero queda aún alguna cosa por decir, que no quiero que se me quede en el tintero, aunque posiblemente algunas otras siguen resistiéndose a salir de allí.

Historia y Ciencia no son maneras equivalentes de explicar el cambio en las cosas, que sólo se diferencien en la utilización de distintos géneros literarios para su comunicación. Tampoco cualquier Historia es una Historia Natural, de manera que la Historia pueda ser reducible a la ciencia. No cabe confundir el pasado con la Historia (cf. Rosa, 1993). La Historia no puede ser reconstrucción, pues al ser ésta necesariamente imaginada, requiere inevitablemente de interpretación y de posicionamiento del historiador, además de la paciente labor de investigación (cf. Rosa, 2006).

La Historia es una forma de saber disciplinado que no sólo incluye la descripción y explicación del cambio social a partir de la evidencia empírica acopiada y de la evidencia conceptual que le oferten las ciencias, sino que también es interpretación del pasado, del presente y del futuro. La Historia comparte con la Psicología, y con otras ciencias sociales, el objetivo de estudiar cómo se gestiona la agencialidad humana, aunque pone su énfasis más en los resultados que se producen, a diferencia de la Psicología más preocupada por cómo se desarrollan las experiencias y conductas individuales. Pero ni la una ni la otra agotan las posibles aproximaciones para su estudio, al igual que la ciencia no es la única forma de conocimiento de que disponemos, aunque tal vez sea la más segura, al precio de parecernos ser la más insuficiente para eliminar la incertidumbre ante nuestro futuro.

Esto último es quizás uno de los motivos más poderosos para el intento humano de alcanzar conocimiento, por lo menos en su vertiente más funcional. Y dado que escasamente conseguimos reducir la incertidumbre, para poder guiar nuestra conducta con el menor daño posible para los demás, y finalmente para nosotros mismos, los

humanos desarrollamos las Ciencias Morales. Ellas han ido destilando explicaciones sobre cómo se desarrollan las normas para llevar una «vida buena». A partir de ellas se generaron todas las ciencias sociales, y también la Psicología, que comparte con la moral el interés por la dirección de la conducta. La Historia de la Psicología no es otra cosa que una mirada crítica al pasado de nuestra disciplina para que nos sirva de auxilio en la toma de decisiones sobre cómo trabajar para continuar con la tarea de construir *psiques de papel*. A quién y para qué puedan servir tales construcciones es una cuestión para la reflexión (¿moral?) de cada uno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURDIEU, P. (1991): *Language and Symbolic Power*. Cambridge MA, Harvard University Press.
- BRUSH, S. G. (1974): «Should History of Science be rated X?». *Science*, 183, pp. 1164-1172.
- DANTO, A. C. (1985): *Narration and Knowledge*. New Cork, Columbia University Press.
- DANZIGER, K. (1985): «Origins of the psychological experiment as a social institution». *American Psychologist*, 40, pp. 133-140.
- (1990): *Constructing the Subject*. Cambridge, Cambridge University Press.
- DELGADO LÓPEZ-CÓZAR, E., R. RUIZ-PÉREZ y E. JIMÉNEZ CONTRERAS (2006): «La edición de revistas científicas. Directrices, criterios y modelos de evaluación». <<http://recyt.fecyt.es/documentos/Fecyt.pdf>>.
- FERNÁNDEZ DOLS, J. M. (1992): «Procesos escabrosos en Psicología Social: el concepto de norma perversa». *Revista de psicología social*, 7 (2), pp. 243-255.
- FOUCAULT, M. (1970): *Arqueología del saber*. México, Siglo XXI.
- HÜBNER, K. (1983): *Critique of Scientific Reason*. Chicago, University of Chicago Press.
- The Thomson scientific impact factor* (1994): <<http://scientific.thomson.com/free/essays/journalcitationreports/impactfactor/>>.
- KNORR CETINA, K. D. (1981): *The Manufacture of Knowledge: An Essay on the Constructivist and Contextual Nature of Science*. Oxford, Pergamon Press.
- KITAYAMA, S. y D. COHEN (2007): *Handbook of Cultural Psychology*. New Cork, Guilford Press.
- KUHN, T. S. (1970): *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- LAKATOS, I. (1982): *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*. Madrid, Tecnos.

- LATOUR, B. (1987): *Science in Action*. Cambridge MA, Harvard University Press.
- (1993): *We have never been Modern*. Nueva York, Harvester.
- LABORATORY OF COMPARATIVE HUMAN COGNITION (1982): En R. J. Stenberg (ed.) *Handbook of Human Intelligence*. Cambridge, Cambridge University Press.
- MASON, S. F. (1985): *Historia de la Ciencia. 2. La revolución Científica de los siglos XVI y XVII*. Madrid, Alianza.
- PLAN NACIONAL DE I+D+I (2008): *Plan de trabajo para 2008*. <http://www.mec.es/ciencia/plan_idi/files/programa-de-trabajo-2008.pdf>.
- PRIGOGINE, I. y I. STENGERS (2002): *La Nueva Alianza: Metamorfosis de la Ciencia*. Madrid, Alianza.
- ROSA, A. (1993): «La polisemia de la palabra “historia”. Historia-pasado, historiografía, historia narración e historia-intelectual». *Revista de Historia de la Psicología*, 14 (3-4), pp. 1-7.
- (2006): «Recordar, describir y explicar el pasado, ¿qué, cómo y para el futuro de quién?», en M. Carretero, A. Rosa y M.^a F. González, *Enseñanza de la Historia y Memoria Colectiva*. Buenos Aires, Paidós.
- ROSA, A., J. A. HUERTAS y F. BLANCO (1996): *Metodología de la Historia de la Psicología*. Madrid, Alianza.
- TORTOSA, F., C. MARTÍ, E. PÉREZ DELGADO y H. CARPINTERO (1989): «El análisis de citas como criterio de eminencia en ciencias sociales», en A. Rosa, J. Quintana y E. Lafuente (eds.), *Psicología e Historia. Contribuciones a la investigación en Historia de la Psicología*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- VALSINER, J. y A. ROSA (2007a): «The Myth and beyond: Ontology of Psyche and Epistemology of Psychology», en J. Valsiner y A. Rosa (eds.), *The Cambridge Handbook of Sociocultural Psychology*, 23-39. Nueva York, Cambridge University Press.
- (eds.) (2007b): *The Cambridge Handbook of Sociocultural Psychology*. Nueva York, Cambridge University Press.
- VAN GEERT, P. (2003): «Dynamic System Approaches and Modeling of Developmental Processes», en J. Valsiner & K. Connolly (eds.), *Handbook of Developmental Psychology*. London, Sage, pp. 640-672.
- VICO, G. (1744/1995): *Ciencia Nueva*. Madrid, Tecnos.
- YIGOTSKI, L. S. (1926/1982): «El significado histórico de la crisis de la psicología. Una investigación metodológica», en L. S. Vygotski: *Obras escogidas*, vol. I. Madrid, Centro de Publicaciones del MEC/Visor, pp. 257-407.
- WILLIAMS, R. (2005): «Meta-semiotics and Practical Epistemology». *Theory & Psychology*, 15 (5), pp. 711-737.
- WOBER, M. (1969): «Distinguishing centri-cultural from cross-cultural tests and research». *Perceptual and Motor Skills*, 28, p. 488.